

LA SINGULARIDAD DEL FESTIVAL GRANADINO

GRANADA. [Crónica de nuestro crítico musical, Antonio FERNÁNDEZ-

Riqueza y variedad de los escenarios

CID]. Todos los años se renueva el programa del Festival granadino que, en diez o doce fechas, ofrece música en calidad y cantidad, cuyo despliegue precisaría en otras circunstancias de meses. En sucesivas ediciones han desfilaro por Granada figuras de relieve universal. Sin otra guía que el recuerdo, saltan a la pluma nombres de tanta significación como los de Victoria de los Angeles, Elisabeth Schwarzkopff, Francescatti, Menuhin, Segovia, Zabaleta, Giesseking, Casadesus, Rubinstein, Kempff, Iturbi, Cassadó, el Cuarteto Vegh, el Italiano, la Orquesta de Stuttgart, la del Sarre, la Scarlatti, de Nápoles, la Nacional, y maestros como Schuricht, Kubelik, Argenta, el Orfeón Donostiarra, "ballets" del rango del londinense del Covent Garden, el de

la Opera de París, el "American Ballet", el español de "Anto-

nio"... Granada ejerce una especial seducción. Al conjuro de su nombre se vencen problemas de tiempo y de espacio; se arreglan cuestiones de fechas, compromisos, distancias... Los artistas dan facilidades para tocar en esta ciudad porque desean justificar su visita, concederse el regalo de vivir unas horas en Granada, recorrerla sin apenas margen al reposo: captados por la belleza de sus rincones y la singularidad de sus paisajes y monumentos incorporados a él sin solución de continuidad, que la Alhambra y el palacio árabe no se conciben independientes, al margen la edificación del bosque.

Hay algo evidente de que los granadinos pueden estar orgullosos. Ni aun Salzburgo, ciudad que es un milagro de

hermosura y de adecuación perfecta como fondo para la música de Mozart, brinda tan variados marcos para su Festival. Edimburgo, colosal en el programa, nos deslumbra con la presidencia de honor de su castillo, pero las pruebas se celebran en locales cerrados, en teatros sin historia; Aix-en Provence exhibe la belleza de su paisaje y el encanto evidente de su patio del Palacio Arzobispal, casi base permanente de las sesiones importantes; el Hollywood Bowl nos pasma con su multitudinaria monumentalidad, pero no admite renovación. Granada busca para cada estilo un rincón propicio, para cada parcela musical su continente propio. Tiene a punto una serie ideal de cuadros que ya son música para la vista y hasta para el oído —animados por el surtidor manso, el eco de la copla lejana, el rumor de la brisa—, no ya para ponerlos al servicio, en misión de tipo secundario, sino para hermanarlos, en identidad de valores, con los intérpretes, primeros beneficiarios del embellezo y el “trance”.

A ese respecto recuerdo una versión por completo indescriptible del “Cuar-

teto” de Claudio Debussy, tocado por el Vegh. A lo largo del “andantino” —salmodia, sortilegio, lejanía, evocación irreal— sentimos todos el escalofrío que sólo produce la Belleza con mayúscula, sin limitaciones ni reservas. Terminó la versión. Se había hecho la noche, a través de un crepúsculo mágico. Todavía conservaba el cielo un color rojizo, cada vez más ensombrecido. Tiempo atrás habían callado los pajaritos cantores de la Alhambra. Poco antes de iniciarse el concierto se cortó vuelo al surtidor de la fuente central. En el Patio de los Leones, prodigiosa caja de resonancia, pieza de orfebrería, miniaturismo policromo con el apéndice de los dos cipreses que vuelan por encima de sus tejados desde las bases del Patal, sonó la última nota y quedó suspenso no sólo el aplauso, hasta la respiración de unos centenares de oyentes. Por razones de conocimiento profesional, de técnica, de amor, de sensibilidad, de instinto, de contagio, todos sabíamos que allí había pasado algo especialísimo, infrecuente. Vegh, el corpulento Vegh, de torpes andares y mirada infantil, vino a nosotros, sin apenas

saludar: “¿Han visto? ¡Qué milagro! Hemos tenido la sensación de que descubriríamos hoy a Debussy, luego de tocarlo cientos de veces. Su música es para este fondo, para este momento, para este mágico Patio de los Leones, recogido, señorial y abierto a los perfumes de la noche.”

Allí, en ese mismo Patio, actuó a veces, muchas veces, Andrés Segovia, que ha podido “empezar a construir con su guitarra desde el nivel del mar”, en el más completo silencio embelesado. Y en el Salón de Embajadores, como una joya más que armonizaba con los dibujos caprichosos de las paredes y el techo, el arpa de Nicanor Zabaleta desgranó un día sus arabescos, glisados y armónicos, mientras recordábamos los bellísimos versos de Gerardo Diego: “Una escala de oro y música – sostenidos y bemoles – ángeles con panderetas – dorremifasoles”.

¡Y los Arrayanes! El rectángulo se ve ocupado en un verdadero alarde feliz distributivo. Está mansa, quieta, la superficie acuosa de la Alberca. El boj delimita y distribuye los racimos huma-

nos que se aprietan. Al fondo, en un tablado humilde, que se dignifica pronto por el arte, se interpretan “lieder”, sonatas, preludios, fantasías. Triunfa el romanticismo. Con las sombras llega también el aire fresco impulsor de leves ondulaciones del agua que, reflejándose en las paredes, multiplican el diseño caprichoso de sus dibujos.

Algún día, en los jardines del Partal, de floridas terrazas frente a la maravilla siempre renovada del Sacromonte y el Albaicín, sonaron canciones populares de toda España. Dos árboles gigantes prestaban guardia de honor. Jazmines, rosas, geranios y claveles armonizaban sus perfumes fundidos como las cuatro voces mixtas del coro.

En las noches del Carlos V, con el cielo cuajado de estrellas, la arquitectura inmovible del Patio, la esbelta majestad de sus columnas, la gracia del trazado circular halla el contrapunto mejor en las conquistas también arquitecturales, también sólidas y nimbadas por la inspiración de los músicos de siempre: Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Brahms, Strawinsky, Falla, don Manuel

de Falla cuya obra es –debe serlo todos los años– asignatura obligatoria del Festival como lo es la peregrinación a su “Carmen”, abierto a los aficionados por la generosidad señorial de la duquesa de Lécera, el recorrido de muchos paisajes que inspiraron su música...

Luego, el Generalife. El nuevo Generalife, inmediato al auténtico, atractivo como él, distinto a todos los jardines del mundo. Regatillos menudos, pequeños manantiales, fuentes, arcos de boj, terrazas abiertas y cerradas al misterio de la noche y las monumentales murallas iluminadas por sabias manos; flores, árboles; el jazmín, recogido en la humilde maceta, y el inmenso camino de cipresales que sirve de fondo al escenario. Y en él, “ballet” blanco: la gasa, el tú-tú, el salto, la vuelta, la punta, el trenzado, la poesía del movimiento y la actitud, la armonía del conjunto y el refinamiento de la figura. Luz blanca de suave tonalidad azulada, que se mezcla, sin posibilidades de que precisemos la demarcación con el verde oscuro del

friso natural, hasta que perdemos la sensación de la realidad... A veces, duelo de la protagonista con la luna, que no renuncia a su presidencia...

Y siempre, el paseo moroso de regreso. Los munícipes granadinos intentan regular la circulación rodada, imponen direcciones, dan órdenes con aditamentos pintorescos de apostillas que el cerrado acento no siempre hace inteligibles. Son muchos los que prefieren perderse por los caminos del bosque, lejos del bullicio. O esperar –la noche es joven, más que en ninguna otra parte, en Granada– que nazca el día desde San Nicolás o sentarse en un terraza frente a la vega mágica... Sí; las razones de validez que encierra el Festival granadino pueden tener motivación musical. La tienen, sin duda. Pero antes, mucho antes, se basan y exaltan merced al paisaje único y el escenario múltiple, orgullo de propios y asombro de extraños, a quienes la exquisita cordialidad granadina les hace pronto dejar de serlo.

A.F.-C.